

REVISTA DE LA ACADEMIA COLOMBIANA DE CIENCIAS EXACTAS, FISICAS Y NATURALES

PUBLICACION DEL MINISTERIO DE EDUCACION NACIONAL

SECCION EDITORIAL

CULTURA, CRITICA Y SIMULACION

Traemos a nuestras columnas editoriales las admoniciones sabias, justas y constructivas, dirigidas desde la Universidad de Columbia a la América Latina por el doctor Bernardo A. Houssay, Premio Nobel de Medicina y Fisiología. Son de 1955, pero sus verdades continúan vigentes para Colombia, para muchas de sus gentes dedicadas a las cosas de la ciencia, para su universidad y, en ciertos modos, para sus gobiernos.

Si al leer sorpresivamente las serenas palabras del doctor Houssay sobre nuestros malos hábitos, oponemos algún airado reproche, pronto lo tornaremos amargo reconocimiento de que se encuentran ajustadas a la verdad. Más aun: sometidas a un frío balance, sin soberbia y con desapasionado espíritu, podríamos utilizarlas como instrumento de rehabilitación de nuestras costumbres.

Ojalá sea bien recibida esta elevada crítica, ya que nosotros no la producimos ni en ciencia, ni en literatura, ni en artes plásticas, a menos que por tal tomemos esas falaces arremetidas, arteras y despiadadas, contra todo cuanto nuestra tierra produce, así las personas como sus obras, sin análisis valioso, y muchas veces llevadas a la picota sólo porque han sido acogidas popularmente.

Quienes en Colombia se dedican modestamente a alguna actividad intelectual, son gentes estudiosas, a la conquista de todo cuanto ilumine su pensamiento, sin ánimo de vanagloria y en calladas vigiliadas que son como una escuela de humanidades. Así han llegado a conocer a Einstein, a los Joliot-Curie, a Thomas H. Morgan, a Ramon y Cajal, por ejemplo, por la divulgación que de sus descubrimientos han realizado los mismos sabios; a Fra Angélico, a Giorgione, a Miguel Angel, a Rubens, a Rodin etc., por la delectación que inspiran sus obras que ha inmortalizado el puro sentimiento; a Cervantes, a Shakespeare, a Dostoiewsky etc., por la sustancia medular de sus creaciones desentrañadas del alma humana... No sabríamos decir si muchas obras, como las de Marcel Proust, verbigracia, se han popularizado como todas las que merecen la inmortalidad; si tal ocurriera, pasarían a ser del populacho intelectual, con privación de su alta alcurnia, porque es ese populacho el que selecciona, al final, el oro de la escoria.

Y a propósito de que ciertos conocimientos, como los de la ciencia, no sean para el profano u hombre común, debemos expresar que se está haciendo una verdadera revolución por los propios sabios, ya que ellos mismos se están imponiendo la tarea de universalizar la materia de sus disciplinas hasta hacerla popular, en vista de las graves consecuencias causadas por su deshumanización.

Pero esos hombres sencillos y estudiosos del país a que antes nos referimos, no solo buscan la fuente de su saber entre las más respetables figuras del pensamiento, sino que suelen rebuscarla en otros arquetipos de obras, como las fabricadas por Pablo Ruiz Picasso y los demás artífices dedicados con travesura a las artes plásticas, de igual manera que entre las metafísicas y abracadabrantes produc-

ciones literarias. Naturalmente esta tarea no siempre significa riqueza para el espíritu, pero es, en todo caso, un esfuerzo más por explorar los haceres del hombre en todas sus manifestaciones: así en las de la plenitud de su inteligencia o en las de su obnubilación; en sus extravíos o en sus simulaciones...

Al hablar de cualquier hecho cultural, surge paralelamente la idea de la crítica, no porque sea una disciplina normal de nuestro ambiente, sino por su ausencia o sus mixtificaciones. En realidad, esta noble función debiera existir como la quintaesencia de un ejercicio intelectual ponderado; vale decir, que a ella no debiera llegarse sino después de cruentas luchas y de triunfos medidos por la alta calidad de las obras realizadas, pues resulta lamentable y ridículo que nuestros críticos aparezcan como *La Cangreja Consejera* de Pombo, cuando invitaba a la hijita a que fuera siempre derecha:

*Madre, responde aquella,
voy a seguirte,
no quiero en ningún caso
contradecirte
ve, tu adelante,
que dándome el ejemplo
lo haré al instante.*

Alberto Camus, reciente Premio Nobel, decía al responder a este galardón:

El artista se forja en ese perpetuo ir y venir de sí mismo a los demás, equidistante entre la belleza, sin la cual no puede vivir, y la comunidad, de la cual no puede desprenderse. Por eso, los verdaderos artistas no desdeñan nada; se obligan a comprender en vez de juzgar. Y más adelante: Por lo mismo el papel de escritor es inseparable de difíciles deberes. Por definición no puede ponerse al servicio de quienes hacen la historia, sino al servicio de quienes la sufren.

Como puede advertirse, hay una *pequeña diferencia* entre la modestia de los hombres estelares y nuestra soberbia criolla.

El aplauso desinteresado, sin afectación, nunca hace daño; más bien puede ser estimulante y constructivo. La crítica despectiva e injusta, por el contrario, puede conducir a graves trastornos, ya porque destruye las iniciativas individuales, o por crear ambientes propicios a la simulación.

No se reciba este parecer como un prejuicio carente de todo fundamento; por el contrario: podrían darse muchos ejemplos tomados de la vida real colombiana. Sin embargo, y sólo para que sirvan de ejemplos edificantes, haremos alusión a dos tristes casos de los cuales existen testimonios incontrovertibles.

Se refiere el primero a un modesto meteorólogo cuyos intrascendentes servicios eran de gran utilidad para el país. Su callada aplicación al trabajo era benedictina hasta un día en que esa crítica que se da espontánea, se le enroscó y le mordió con injusticia, y todo porque en su ya larga labor no había producido nada nuevo, ni siquiera el descubrimiento de la periodicidad de nuestro clima... El maltratado investigador procuró la superación y la logró con un brillante estudio sobre *El Clima y los Seres Vivos*, que elogió la prensa, premiaron nuestras academias y conquistó el galardón *República Argentina* creado por el gobierno de ese país. Fue un éxito completo; la crítica había logrado su objetivo: la superación de la víctima... Pero oh! dolor; la obra con tanta justicia exaltada, era... un PLAGIO! del primer tomo del *Traité de Climatologie Biologique et Médicale* del sabio francés M. Piery, editado en 1934, desconocido entre nosotros a pesar de su importancia, pero del cual llegamos a tener noticia por arte del reclamo distinguido pero severo del director del Observatorio de Física Cósmica de *San Miguel*, de la República Argentina.

La crítica innecesaria e injusta fue, sin duda, la autora de esta tragedia que convirtió en delinciente a un hombre antes servicial y honesto, tanto que no pudo sobrevivir a su deshonra.

Otra víctima de ese incontenible deseo de figuración, fue el de un buscador de títulos que un día, en demanda de nueva distinción, presentó a la muy respetable Sociedad de Biología de Bogotá una hoja de su vida que, al ser examinada por una comisión, resultó burda patraña. Infortunadamente a ese farsante no le ha llegado el condigno castigo; parece, por el contrario, que su pecadillo ha sido carnada de fructífera prosperidad.

Pero llevando estas disquisiciones hacia otros aspectos, podemos observar que los literatos colombianos suelen hacer burla y escarnio de los demás profesionales que incidentalmente yerran en las bellas letras. Tal fue el caso reciente de alguien—muy erudito en otras tareas—, que llamó vate a Tomás Carrasquilla. Aquí ocurre, ilustrada a cabalidad, la parábola de la viga en el ojo propio y de la paja en el ajeno. Estamos convencidos de que el científico debe tener una cultura general humanística y la instrucción y el pudor necesarios para dar a la expresión de sus escritos una decorosa presentación, pero creemos, igualmente, que al escritor, al poeta y, en general, al artista, debe exigírseles una cultura adecuada, por lo menos a los límites de los temas que tratan, pues ocurre, con no poca frecuencia, que en sus obras, de aparente belleza, dejan estampada su crasa ignorancia de las cosas que atañen a las matemáticas, a la física, a la biología etc., y esto en medio de una indiferente impunidad.

Podría afirmarse que la simulación es la fuente de todos nuestros grandes males, como que tiene su asiento en el hogar, en la sociedad, en el gobierno y, lo que es mucho más grave, en nuestras instituciones docentes. Así hay irresponsables maestros de escuela primaria que se atreven a iniciar al niño en la moral cristiana y en los deberes ciudadanos, sin que jamás hayan sabido practicar estas virtudes que solamente pueden enseñarse con el ejemplo; y hay profesores de segunda enseñanza que pretenden difundir conocimientos de los cuales apenas tienen un barniz que no soportaría la más ligera exploración, siendo los causantes de ese tremendo problema del bachillerato, hasta hoy insoluble, con graves consecuencias para la universidad.

Y a propósito de esta universidad colombiana, valdría saber si está formando al *scholar* y al pensador, y si está cumpliendo todos sus deberes docentes e investigativos dentro de un equilibrio técnico-espiritualista, y si todos sus profesores trabajan en un ambiente expedito, tanto por lo que se relaciona con sus laboratorios, bibliotecas y presupuestos adecuados, como por la formación científica y la libertad de enseñanza de que disfrutan en atención a sus objetivos, que han de ser, necesariamente, la creación de profesionales aptos para el servicio social y para la investigación en la ciencia pura, ora en el campo de la filosofía, o de las matemáticas, o de la física, o de la astronomía, o de las ciencias naturales etc.; o si, por el contrario, hay deficiencias de presupuestos, o de elementos indispensables, o de generosa comprensión... A veces se presume que existen algunas desoladas simulaciones, como podría ser la de algunos inexactamente llamados (creemos que para cuanto atañe a los jornales), *profesores* de tiempo completo, y que andan desvelados por el mundo, luciendo y defendiendo con rabia sus *títulos de doctor*.

También valdría saber si en la universidad la mujer goza de todos los fueros de su ciudadanía, o si, por el contrario, tal derecho se ha convertido en una simulación más de nuestra democracia. No basta que la mujer pueda estudiar en la universidad; es necesario que pueda volver a ella como profesora o como investigadora, sin reticencias. Nuestro ambiente hipersensual frecuentemente la circunscribe a actividades secundarias en donde toda importancia se vuelve valedera por el sexo, sin darnos cuenta de que ya el mundo tiene una tradición de mujeres célebres por su inteligencia, por sus conocimientos y sus trabajos científicos, y sin que esas disciplinas hubieran podido inhibir sus nobles atributos femeninos.

Quizá la simulación, con las naturales secuelas de engaño y de ridículo, sea, en el fondo, la raíz principal de las desgracias que afligen a nuestro país. Sin embargo, por acostumbramiento, somos sordos o indiferentes a tal estigma, para el cual resulta inocua la justicia ordinaria... Y no sabemos de otro correctivo útil, de otro látigo apropiado a su represión, diferente al de la voz del genial humorista Lucas Caballero (Klim), quien ha sabido arremeter con eficacia contra muchos de nuestros malos hábitos, como la vanidad, el exhibicionismo, la falta de pulcritud, el mal gusto, el obsesionante deseo de figuración, la hipocresía, el amaneramiento, la presunción de quienes se sienten elegidos por el destino... En fin: todas nuestras infracciones reconocidas por el sello de lo grotesco, porque eso tienen nuestras faltas, que carecen de elegancia, que son torpes y bufonescas como esos delitos relacionados con los collares de *Boyacá* y de *San Carlos*, o el de la revuelta militar del dos de mayo.

LUIS MARIA MURILLO